



AÑO X.

HABANA, NOVIEMBRE 18 DE 1894

NÚM. 41

EL FIGARO

Periodico Literario y Artístico



Dr. J. A. del Cueto, en su despacho

Fotografía de los Sres. Otero y Colomina, tomada expresamente para EL FIGARO

SUMARIO

TEXTO: ¿Son de Tirso "Los Amantes de Teruel"? por E. J. Varona.—El retrato, por F. Villoch.—Problema, poesía, por J. S. Chocano.—A..., poesía, por A. Mures.—¿Madre?, poesía, por A. Farrés.—Camino de México, I, por Aey La Ron.—El Dr. J. A. del Cueto, por Gastón Mora.—El Sr. Martín Rivero.—Quisicosas, por J. L. Villaverde.—La razón social en la Historia, por M. de la Cruz.—ALBUM FEMENINO: Srta. Herminia Gonsé, por el *Conde Kostia*.—Poesías en honor de Ayala, por Saturnino Martínez, Triay y García Gutiérrez.—NOTAS TEATRALES, por García del Castañar.—Dr. J. E. Jiménez.—CRÓNICA, por *Mefistófeles*.—RETAZOS.—ANUNCIOS.

NOVELA DE EL FIGARO: La aventura de Ladislao Bolski, por Víctor Cherbulez, traducida por Enrique José Varona.

GRABADOS: Cueto en su estudio.—El Obispo de la Habana.—J. E. Jiménez, por Taveira.—¿Madre?: ilustración de O. Held.—Semana cómica, por M. del Barrio.—Herminia Gonsé, por Bolet Monagas.

¿Son de Tirso "Los Amantes de Teruel"?

Señor don J. R. M.

NO quiero ser sino á medias indiscreto, y me abstengo de escribir su nombre por entero. Allá los curiosos que lo descifren detrás de esas iniciales. Si son lectores de *El País*, no habrán necesitado que yo levante esa punta del velo del anónimo que cubre al autor de sus crónicas teatrales, pues la abundante doctrina, el buen gusto y la copia de noticias de que hace gala, buenos días hará que se lo habrán dado á conocer.

Es el caso, que su crónica de hoy me ha hecho parar mientes en un problema literario, que V. apunta con discreción. ¿Es de Tirso de Molina la obra que algunos le atribuyen, titulada *Los Amantes de Teruel*?

No faltará quien lea con asombro esta pregunta, pensando que Tirso es uno de los famosos poetas dramáticos de España, que vivió en pleno siglo XVII, disfrutó de gran celebridad en vida, é hizo él mismo imprimir sus obras, unas por sí y otras por medio de un su sobrino, auténtico ó apócrifo. Pero el que de ello se extraña no tiene idea de lo que es la bibliografía española, y sobre todo la que se refiere al teatro antiguo. Es un mar revuelto y tempestuoso; no, es el caos. Las obras se imprimían á destajo; los editores andaban á salto de mata, pillando aquí y allá, sin cuidarse de la pesquisa de la paternidad más que el Código Civil francés. Lo que querían era vender sus partes vigésimas ó trigésimas de comedias famosas; y para salir pronto de la mercancía les pegaban el rótulo más llamativo; todas eran de Lope ó de Tirso ó de Calderón. En vano los autores clamaban á grito herido, y publicaban listas y más listas de sus obras legítimas. Los libreros no hacían caso, y seguían en su tráfico.

Verdad es que la manera misma en que se verificaba la producción de estas obras de ingenio contribuía al desbarajuste. El público era insaciable, los empresarios exigentes. Las comedias no hacían más que pasar por la escena. Los autores en boga no podían darse punto de reposo. Haber escrito cincuenta piezas era una bicoca. Cien apenas hacían figura. Los autores tenían pues que tomar sus argumentos de donde se les presentaban; se pillaban unos á otros; refundían sus propias obras ó las ajenas. Los corrales de Madrid eran, en grande, el puerto de Arrebatapapas. Los mismos poetas daban poca importancia á las más de esas obras efímeras; y como no fueran las co-

ronadas con mayor éxito ó las que por alguna circunstancia peculiar les eran más aceptas, no se cuidaban de hacerlas estampar, y á veces ni de reclamarlas, cuando las veían en letras de molde con nombre ajeno.

Todo esto dice á las claras cuan árduo ha de ser el trabajo de la crítica, para introducir algún orden en ese desconcierto monstruoso. Pero España es país de poca crítica. Sin duda por eso sus ministros de Fomento han discurrido introducir en sus Universidades una asignatura muy singular, que se llama de Historia Crítica. Sería curioso oírles explicar qué entienden por historia sin crítica. Muchos de los que en España han emprendido la tarea de estudiar su literatura han querido suplir la crítica con la ingeniosidad. Y no es lo mismo. La crítica verdadera no se empeña en descifrar lo indescifrable. Depura los datos, los coteja, los expone con verdad y sencillez, y si nada dan de sí, debe decirlo, y estimar terminada su tarea. Esto no quita que si se descubren nuevos datos se vuelva á la faena.

El caso de *Los Amantes de Teruel* es de esos. La obra se publicó en esa celeberrima *Segunda Parte* de las comedias de Tirso, que ha sido y sigue siendo un logogrifo, un rompecabezas para los bibliógrafos españoles. Es segunda y, á lo que parece, fué impresa después de la tercera. Nadie ha visto una primera edición que cita Brunet y de que habla por conjeturas Schack. Es de comedias de Tirso, lleva dedicatoria de Tirso, dirige la impresión su indispensable sobrino, y de las doce piezas que contiene solo cuatro son del poeta; y todavía, quitando tres, no se sabe bien cual es la cuarta. Si hay en ello error la culpa es del autor mismo quien, al ofrecer el libro á la "Hermandad de los Mercaderes de Libros" de esa Corte, que lo costeaba, le declara que son suyas solo cuatro y las otras de ilustres padres, que no nombra. Pero tampoco se cuida de nombrar las propias. Porque así lo declara el final de las piezas resultan suyas *Amor y celos hacen discretos* y *Por el sótano y el torno*. Como la titulada *Esto sí que es negociar* es arreglo evidente de *El Melancólico*, publicada en la primera parte, ocupa con razón el número tres. En cuanto al cuatro, tienen nueve comedias para escoger los aficionados á esta clase de sport inocente. El erudito Durán ha dado la

palma á *El condenado por desconfiado*, y tras él cuantos han escrito después. A lo que entiendo Durán no ha tenido otra razón que la excelencia de la obra, que es en efecto notable, porque permite ahondar en la conciencia del pueblo español y pone al desnudo todo lo que hay de anti-social en la creencia de que basta la fe para salvarse. Pero con sola esa prueba ningún crítico cauto se atreverá á decidir el pleito.

Los amantes de Teruel son una de las ocho restantes. Si las cuatro de Tirso se completan con *El Condenado*, no es de Tirso. Si no se completan tiene 1/9 de probabilidad de ser de Tirso. Y no hay más, mi buen amigo. Es decir, no hay más hasta ahora. Si mañana se descubren datos ó documentos que prueben quien fué el autor, Tirso ú otro, lo sabremos; y será un granito de verdad más, para la pequeña barra que se va lentamente formando á la desembocadura del caudaloso río de los errores humanos.

Soy su adicto amigo

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

Sic. 11 de nov., 94.—Manrique 4.



EXCMO. ÉLTMO. SEÑOR DON MANUEL SANTANDER Y FRUTOS, OBISPO DE LA HABANA



El Retrato

LUIS y Mina ya tenían arreglados sus baules y hechos dos lios sus camitas. Al día siguiente del entierro de su buena madre, la casa sufrió una transformación completa. Los martillos sonaron todo el día, descolgando cuadros y desarmando escaparates. El polvo de las mudanzas flotaba por todas partes, rasgando de aristas irisadas las habitaciones vacías, en las que se respiraba aún el olor á cera de los blandones que rodeaban el catafalco. Los dos niños, desde un ángulo de la sala, contemplaban aquel desalojo, y esperaban que les tocara su turno para marcharse también.

Aquel ir y venir de los operarios de la agencia les distraía un poco. En la casa vacía sus voces resonaban fuertemente. Unos cantaban, otros silbaban.

Luis tenía seis años y Mina cinco.

La niña llevaba en un lio, hecho con un pañuelo, una variedad infinita de menudos objetos, desechados por la tía al desbaliar los armarios: caretes vacíos, botones, fragmentos de bordados,

agujas de tejer, llenas de herrumbre, lazos descoloridos, y guardaba todo esto como juguetes de inestimable valor.

—V tú, ¿no has recogido nada?—le preguntó a su hermano.

—Yo sí—respondió el niño, y abriendo la peca de su camita, le enseñó un retrato, de cuerpo entero, de la madre.—Yo he recogido esto.

A la sazón entraba el padre en la sala, de vuelta de la calle, en donde esperaba un coche.

—Ea, vamos—les dijo.

Y seguido de los dos niños, dejó la casa y montaron en el coche.

Ya en éste, se sentó á Mina sobre las piernas y rodeó con su brazo izquierdo la cabecita de Luis, besando á ambos.

El cochero tomó la dirección de la calle de P... en donde vivía la tía de los huérfanos, hermana del padre.

Todos los periódicos anunciaron en sensibles gacetillas la inesperada muerte de Ana de Roger y acompañaron en su dolor á don Luis del Rey,

su esposo, *hombre de mundo*—decían—que sabría sobreponerse á los designios de la suerte.

El matrimonio exteriormente había vivido en medio de las mayores felicidades. Al principio concurren á algunos salones, después, cuando nació Luisito, la madre no se bastaba para cuidarle, y como en seguida vino la niña, ya de una vez se apartó de fiestas y visitas, no pudiendo hacer el padre lo mismo, porque sería, á su entender, una actitud en que se mezclaban el desprecio á una sociedad que los había distinguido y el orgullo de un padre demasiado dichoso. El siguió, pues, con ligeras variantes y raras ausencias, siendo el mismo apreciable caballero de las crónicas mundanas...

Así vivieron, ella en su hogar y él en el mundo, hasta que al cumplir Luisito los seis años, unas fiebres perniciosas causaron la muerte de la madre.

Solo el viudo con los dos huérfanos, no encontró nadie que de ellos pudiera hacerse cargo, mejor que su hermana, solterona entre los cuarenta



y cincuenta, y mujer de austeras costumbres, que se había trazado el camino de su existencia y lo seguía imperturbable, paso á paso, conociendo de antemano qué le tocaba hacer el día tanto del año cuanto: antítesis de su hermano Luis, que vivía ciego y á la carrera, apenas ponía los pies en el camino de la vida.

Doña Fernanda era todo un carácter.

Allí, en aquella casa barrida, alineada, silenciosa, con aspecto de celda, fueron á parar los dos huerfanitos que habían tenido todo un patio bañado de sol para sus juegos, sorprendidos á la mitad de ellos por las ruidosas caricias de su madre.

El padre respiró al dejarlos allí como aliviado de una pena, y volvió á la vida con las esperanzas de un corazón de treinta y cinco años. Venía al principio todos los días y algunas tardes se llevaba los niños al cuarto del hotel en que se había mudado, sintiéndose los huerfanitos muy á gusto durante esas breves estancias, porque en el hotel vivían señoras que les hacían olvidar las rigideces de doña Fernanda, mujeres elegantes y risueñas que los llenaban de caricias y regalos y juntos á las cuales se dilataban sus pechos oprimidos. Después, el padre escaseó sus visitas, y acabó fijando un día de la semana para ir á verlos.

¡Ah! la melancolía de los niños que perdieron á sus madres! No se podía en casa de la solterona decir una palabra más alta que otra. A ciertas horas del día, cuando echaba la siesta en su gran sillón de cuero, trono excelso de su soltería, que ocupó desde la menguada hora en que perdió ya toda esperanza de marido, los niños se iban á la última habitación de la casa, y eran aquellas la horas de estudio y de silenciosas é inocentes tristezas, oyendo pasar por la calle al vendedor de juguetes ó en el patio vecino retozar á los otros niños de su edad.

Al sonar la última campanada de las ocho, ya estaban en la cama, y por la mañana, al dar la primera de las siete, entraban en el comedor donde doña Fernanda los esperaba delante del desayuno.

Mina no podía transijir con esta clase de vida. Luis la sobrellevaba con más resignación y al cabo se haría á ella.

—Tú eres tu mismo padre—había dicho á la niña, la solterona.

Y á Luis:

—Tú eres el propio retrato de tu madre.

Sí lo era, en efecto. Había en sus ojos, en su frente, en sus labios, aquel vago resplandor de melancolía que iluminaba, como á la de una santa, la cara de la pobre muerta. Movíase el niño como se había movido ella en un ambiente de ficciones venturas, sin quejarse de ser desgraciado, no era dichoso, y teniendo todo, sabía que no era dueño por entero del corazón de sus allegados.

Año y medio escaso de viudedad llevaba el padre cuando contrajo segundas nupcias.

—Ya teneis mamá—vino á decir á los niños, muy contento.

Y otra vez el coche á la puerta, y otra vez la carrera del padre con los huerfanitos.

No se parecía aquella casa á la de su madre y mucho menos á la de doña Fernanda. Un lujo ruidoso y punzante llenaba todos sus compartimentos.

—Mirad—les dijo el padre, abriendo la mampara de una habitación atestada de juguetes—todo eso es para vosotros.....

Mina cargó una muñeca y se subió sobre un gracioso coche de niña. Luis se puso á acariciar distraído la cola de un arrogante caballo.

La madre entró para besarlos, tocando los resortes de toda aquella juguetería, á fin de iniciarlos en sus secretos. Después se sentó á ambos niños sobre las piernas y se puso á examinarlos.

—¡Qué graciosos!

Al dejarlos, dijo á su esposo:

—La niña es muy simpática; ¡pero vaya qué muchacho tan serio es ese!

Luis y la madrastra, en un momento, en lo que dura el rápido salto de un tomeguín, se habían mirado frente á frente, y aquella mirada fué algo así como el *en guardia* de los duelos.

Una tarde salieron los recién casados de paseo.

Mina estaba en el cuarto de los juguetes, regañando á una de sus muñecas, cuando se le apareció Luisito, receloso y diciéndole:

—Sígueme, Mina.

—¿A dónde vas?

—No sé. Sígueme.

Había en el tono imperioso de su voz algo extraño.

La niña le siguió sin dejar su muñeca.

Luisito miraba á uno y otro lado con desconfianza.

Por fin los dos entraron en la alcoba nupcial.

Era un gabinete estrecho, recargado de mesillas: aquí un diván, allí un biombo sobre cuya tela violeta un cisne tronchaba el tallo de un lirio; una Diana entre dos líneas de oro, soplabá en su clarín, destacando su fresco color de carne sobre el lila claro de los tapices; los pasos enmudecían absorbidos por una fina estera chinesca que cubría todo el piso; un relojillo oculto turbaba el silencio con el apresurado compás de su péndulo; en mitad del lienzo fronterizo alzábase el gran lecho de nogal, con su pabellón de seda azul, y á la derecha un elegante velador ofrecía en su mármol de impecable blancura la dorada palmaria, y á la enamorada vista del esposo, en un atril de plata y dentro de un gracioso óvalo de rojo peluche, el retrato de la gentil compañera. La luz del día filtrábase á través de la mampara y de la cortina de punto, como una amante é impalpable caricia, esquinándose en los ángulos y cayendo como un foco sobre el lecho.

Mina no se atrevió á pasar de la puerta. Luisito se fué derecho hacia el velador.

—Ven—dijo á su hermana—¿á qué tienes miedo?

—¿Pero qué vas á hacer?

—Acércate y no me preguntes.

La niña se acercó á su hermano.

Este, señalando al retrato que se veía sobre el velador, la preguntó:

—¿Quién es esa que está ahí?

—Mamá.

—Mentira—dijo—mamá es ésta.

Y del bolsillo interior de su chaquetilla, sacó el retrato aquel de su madre, que había guardado el día de la mudanza.

—Esta es mamá—añadió—y aquí debe de estar ella y no la otra.

Y rápidamente sustrajo el retrato de la madrastra del óvalo en que se hallaba colocado, y en su lugar puso el de su madre.

Ya era tiempo, porque al instante oyéronse en el comedor los pasos de los recién casados, que al sentir ruido en la alcoba, extrañados, penetraron en ella.

—¿Qué haceis aquí?—preguntó la madrastra.

Mina inclinó la cabeza. Luisito la levantó.

—Ah! ya sé, ya sé—dijo á la esposa—he aquí el cuerpo del delito.

Y señalando al atril:

—Mira—dijo á su marido.

Este se inclinó para ver, y al encontrarse con aquel retrato, no pronunció una palabra.

Palideció.

La madrastra se irguió soberbia, y cogiendo al niño por una manita:

—Volverás á poner el retrato en donde estaba—le dijo—y harás lo que yo te mande, porque soy tu madre.

El niño empezó á sollozar, y desasiéndose de aquella mano que le oprimía, rasgó el retrato de la madrastra, se lo arrojó á los pies, y entre sus sollozos, en los que se mezclaban la ira y el dolor respondió:

—Ella es primero que tú..... y es más bonita..... ¡y es mamá de verdad!

Noviembre, 1894.

FEDERICO VILLOCH.

Problema

DEL LIBRO "EN LA ALDEA"

Como en la misma iglesia vive el cura,
Al primer resplandor de la mañana,
Le visitan en turba soberana
Niños de seso y niñas de hermosura.....

El les deja jugar á su ventura;
Y al par que uno sacude la campana,
Otro, hecho fraile, en levantar se afana
El cáliz sacro á la divina altura.....

Si el cura al cielo la mirada tiende,
Todos los niños en alegre coro
Ante el altar de Dios rezan y cantan.....

Diga el cristiano si el Señor descende
Cuando el cura levanta el cáliz de oro,
O cuando aquellos niños lo levantan.

J. S. CHOCANO.

A.....

Claro, esplendente, mágico lucero,
que en ténue, dulce y celestial desmayo,
con tibio rayo mi sombría noche
fúlgido alumbras:

Perla escondida en la nacárea concha
de una ilusión que acarició mi mente;
botón riente á quien perfumes piden
céfiros blandos:

Hermosa virgen de nevado seno,
místico arcángel de cabellos de oro;
rico tesoro de virtud y gracias;
púdica virgen:

En la mirada de tus negros ojos
arde la luz en que abrasarme siento.
¡Tén del tormento que mi ser devora,
lástima, niña!

A. MURES.



¿Madre?

*Los valientes corazones,
de buen pulso y ojo cierto,
que buscan en el desierto
los cachorros de leones;*

*con tino y tacto prudente
que la astucia les presenta,
evitan lucha sangrienta
cara á cara y frente á frente.*

*Es decir, por su interés,
de un tiro vil, traicionero,
matan la madre primero
para robarla después.*

*Porque el alma más templada
en batallas y emociones,
menos teme á diez leones
que á una leona robada.*

*¡Sus cachorros! el profundo
amor que en su sangre anida,
por ellos pierde la vida,
peleando contra el mundo.*

*De los ladrones se venga,
y mientras vive, ¡adelante!
que no hay lanza que la espante,
ni bala que la detenga.*

*Si vierte la sangre á chorros,
aun lucha sin ser vencida:
lo de menos, es su vida
y lo de más, sus cachorros.*



*Que todos los animales
que creó el Omnipotente,
si con valor diferente,
tienen instintos iguales.*

*Pero, ¡ay! por cruel rareza,
obra de un modo distinto,
quien tiene mejor instinto
y mejor naturaleza.*

*Quien tiene clara razón
y distingue el bien del mal,
quien tiene por ley fatal
infamia en el corazón.*

*Hay quien de madre blasona
y malvada y PRECAVIDA,
al hijo á quien le dió vida,
cobardemente abandona.*

*Despojos de infausto amor,
pedazo de un goce inmundo,
carne que recoge el mundo
con tristeza y con horror.*

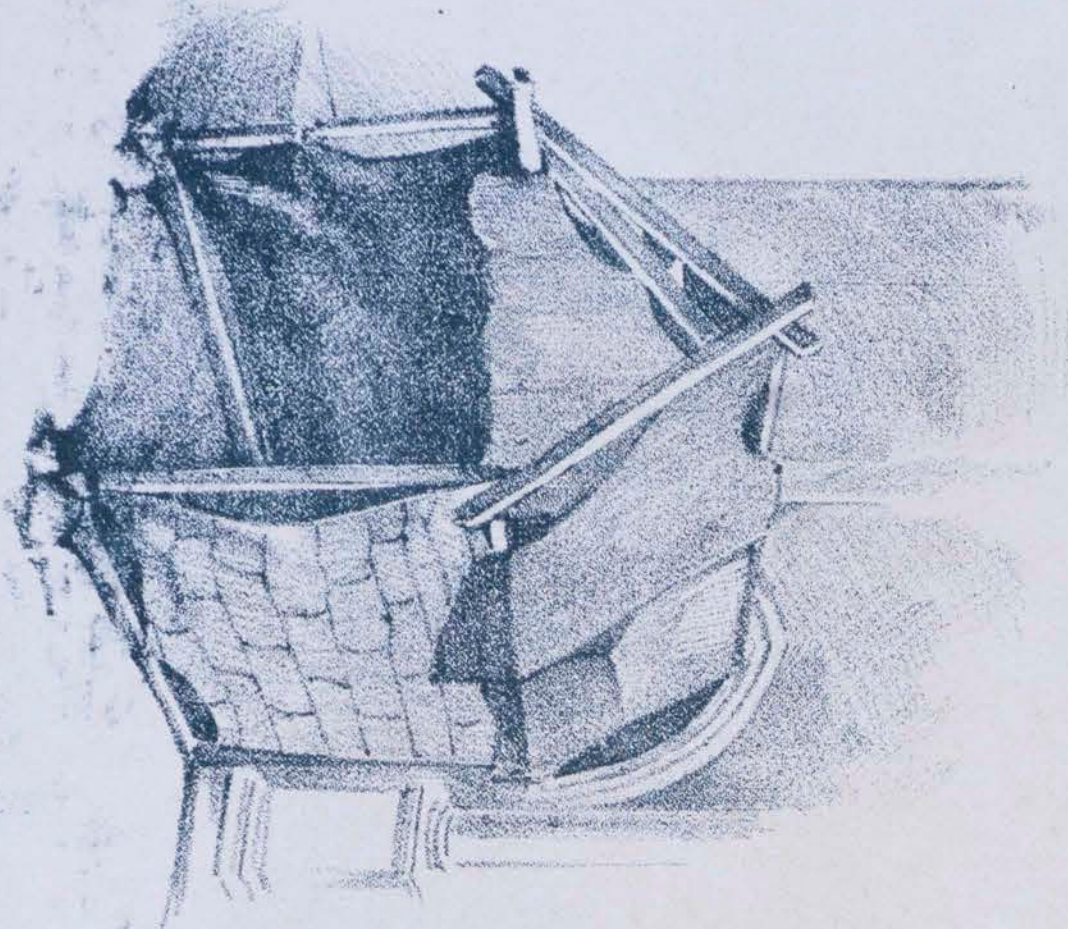
*¿Eso es madre? No por cierto;
de ser un monstruo no sale:
¡Ay, cuánto más que ella vale
la leona del desierto!*

*¡Madre! Amor que al alma hiere,
amor noble, puro y santo,
amor que nace con llanto,
amor que con llanto muere.*

*¡Madre! Consuelo del hombre,
faro amante y siempre fijo.
Madre que abandona á un hijo . . .
se quita á sí misma el nombre!*

ABELARDO FARRÉS.





La nota mas bella de la semana ha sido las fiestas de los Desamparados en la parroquia del Monserrate, delante de la cual habia una preciosa tienda de campaña cual ninguna se verá en otra manifestación católica



Para penetrar en el interior del templo era preciso ir provisto de la correspondiente invitación; más como no la tenía, hube de adoptar el presente traje



Como todos los años, se quemaron preciosos artificios y he aquí una de las mejores piezas



Muy bien representados, los representantes del Dios Marte, á quienes su capitán decía—Batallón con... fine aunque la hambre le pica, ninguno se mueve!



El Sr. Pulillones pronto variará el Café tocante de su circo ambulante en Café Cantante.



Los japoneses y chinos siguen zurrándose la que es un gusto.



Como todos los años, pronto tendremos una gran Tacon



Daba gloria ver en la plazoleta de la Iglesia á la juventud conquistadora.



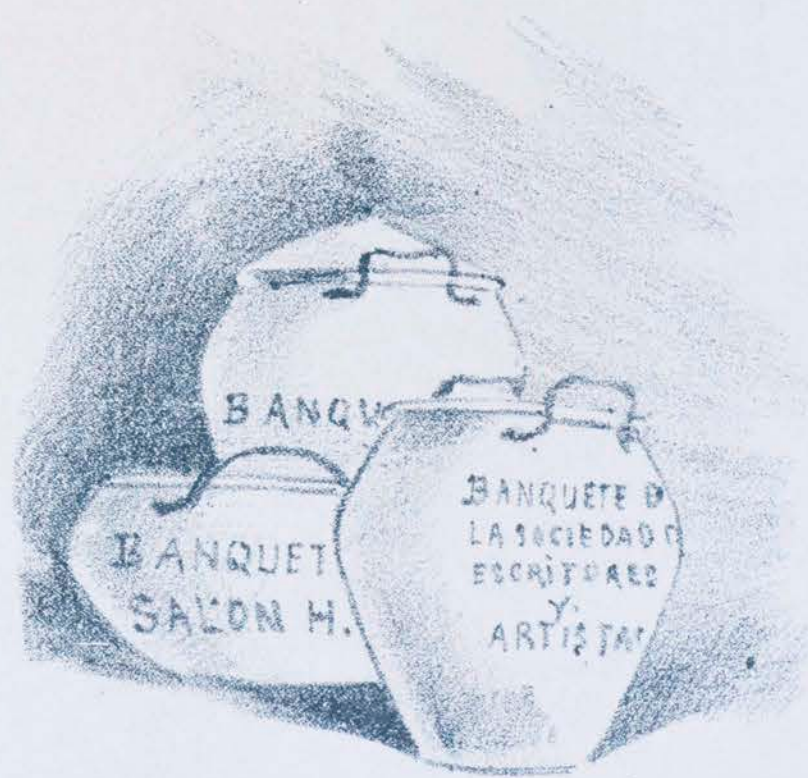
En Tacón el Sr. Vico sigue dejándonos vigos.



Una que no me dejó rezar con la devoción que acostumbro.



En los fuegos del Monserrate. — Pero miata, a que te jagu yo — Que no siga arrempujando más, po que le voy á dar una galleta en esa cara de cartucho de volador... que vá usted á recental á Galicia.



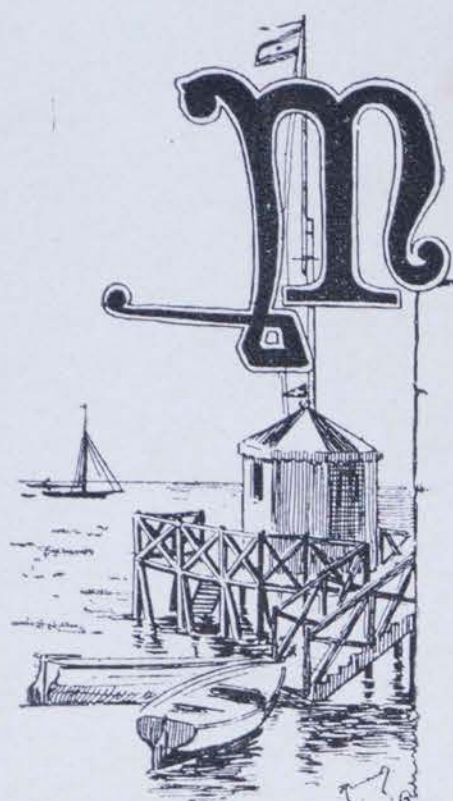
Uno de los mejores recuerdos que se llevará el Sr. Vico de la ciudad de la Habana.

Amigo Catalá: perdone V. la poca
sombra de los presentes monos, pe-
ro tengo un cutarro, que francamente,
no me lo mereces, y no tengo humor
ni para hablar de las ruiegras.

su affm
JEL JARRIO 3
1894.

* Camino * de * México *

I



E despedí... El buque, con su vientre de hierro, repleto de sacos de azúcar, se puso en marcha al amanecer, una bella mañana tropical del mes de julio. Las viejas ruedas del "Clinton" salpicaron sus costados rojos de blanquísima espuma—la sonrisa de nuestros mares azules; y, poco a poco, entre los esplendores de la aurora, dejamos atrás la Habana, envuelta en una bruma de oro y púrpura. Un momento buscaron mis ojos la casa, donde, sin duda aún dormida, comenzaba á olvidarme la mujer amada, y después siguieron con mirada triste la blanca estela espumante...

Tres días, tres días de viaje monótono en un mar estúpidamente inmóvil, bajo un cielo banalmente azul, y comenzamos á navegar por las aguas fangosas del padre... de las aguas sucias: el Mississippi. A pocas millas de la barra, ancla al agua y bandera amarilla al tope. Nos fumigan y nos *infestan* y nos dejan después gozar de un sinnúmero de horas, que parecen siglos, anclados en medio del río, en aquel sitio desierto y devorados por mosquitos feroces.

La penitencia termina. Abajo la bandera amarilla y las viejas ruedas rechinan luchando con la corriente.

Vamos dejando atrás las orillas bajas y fangosas, los ingenios en ruinas y las casuchas miserables y alguna que otra iglesia y, á la caída de la tarde, llegamos á Nueva Orleans, saturada de humedad y oliendo á cloaca.

Un par de días de descanso en el hotel "Grünwald" un hotel de primera clase muy superior al antiguo "St. Charles," consumido por el fuego; algunos paseos y... al "Pullmann Car," á devorar millas. Primero corre el tren por medio de bosques de árboles gigantes, que serían hermosos si no estuviesen cubiertos de una especie de hierba parasitas de color gris, que semeja flecos, ó mejor dicho, lascas cabelleras canas y que les da un aspecto lamentable. Después, estamos en Tèxas, en ese estado grande como un imperio; el país de los "Cow boys" y de los tiros. Los árboles van siendo cada vez más raros y la tierra más arenosa y seca, desesperadamente, seca...

Los árboles ya no son más que arbustos, pronto no son más que *maniguas* y no tardan en desaparecer por completo. En la tierra blanca y reseca, como el polvo de una carretera, apenas se notan pequeñas motas de hierba amarillenta. A lo largo de los rieles se ven esqueletos de reses, muertas de hambre: estamos en el gran desierto americano. De tarde en tarde, rompe la monotonía del paisaje algún "Cow boy" que atraviesa la árida llanura, al galope de su caballo, feo y huesoso.

El terreno se eleva sensiblemente, la atmósfera refresca. Ya hay montañas, y entre ellas traza curvas el tren como una serpiente corriendo entre matorrales. Cruzamos un viaducto colosal, suspendido por un milagro de ingeniería, sobre un precipicio que espanta. Cruzamos lentamente, con una lentitud que desespera.

Corremos luego á lo largo de rocas que han sido cortadas para dejar paso á la locomotora; se alzan á nuestra derecha, como el murallón de una fortaleza de titanes; á nuestra izquierda corre tranquilo un río: es el río Grande ó Bravo, que se desliza mansamente sobre su lecho de rocas. Más lejos, detrás del río, otro murallón que parece alzarse como desafiando al murallón de la derecha. Las rocas de la derecha son rocas americanas; las de la izquierda, mexicanas, y ambas parecen vigilarse, por encima del río que corre entre ellas, con sus aguas azules y dormidas, como un símbolo de paz.....

En "El Paso," nos deja el tren, allí descansamos algunas horas, en la ciudad americana, en la orilla norte del río, viendo á lo lejos la torre de la vieja iglesia y las casas de *adobe* de la ciudad mexicana, en la orilla izquierda del "Bravo."

México. ¡Ya estamos en México! Hemos cruzado el "Bravo" por un puente de maderas. Es decir, hemos cruzado el cauce seco, porque el río "Bravo" ó Grande no tenía una gota de agua! Chihuahua es desierto como Tejas, arenales y lavas, y por toda vegetación, arbustos raquíticos y cactus que amarillean faltos de vida.

Casas de *adobe*, caravanas de individuos envueltas en *sarapes* rojos y montados en borricos, tiendas de campaña, alzadas en mitad de la llanura, montañas que recortan sus siluetas en el azulado fondo del cielo pálido, cuevas de donde surgen seres humanos, vestidos á medias, ciudades que aparecen en las lejanías, con sus casas antiguas, dominadas siempre por las torres de soberbias iglesias; todo pasa por la ventanilla del wagón, como por la lente de un panorama.

¡Zacatecas! Corremos sobre montañas de plata y oro. Subimos, subimos, escalamos lo más alto de la sierra y vemos á un lado y otro de la vía, las minas, los pozos, los molinos, y los caballos que trotan en los *patios*, sobre el mineral argentífero y, bajamos, bajamos vertiginosamente, describiendo semicírculos por las faldas de la sierra, como "rabihorcado" que busca su presa, hasta llegar de nuevo al llano, para volver á subir más lejos. Amanece, miro por la ventanilla allá en la lejanía, se alzan magestuosos el "Popocatepetl" y el "Ygtacihuatl" con sus mantos de nieve que el sol naciente espolvorea de oro. La vegetación es más rica, hay algunos árboles, se ven plantíos de maíz, los cactus son gigantes y los *magüeyes*, alineados como soldados, cubren grandes extensiones de terreno, con sus hojas gruesas y puntiagudas.

Algunas millas más y rodeada de montañas, en el valle, aparece una ciudad, coronada por multitud de torres de iglesias y medio envuelta aún en los vapores de la mañana.

El tren se detiene en una hermosa estación, una estación europea.

¡México al fin!

ACY LA ROU.

Dr. D. J. A. del Cueto

El Sr. Martín Rivero

PRONTO ocupará su puesto en el seno de las cámaras nacionales el doctor don José A. del Cueto. Los que conocemos sus talentos superiores y sus puros sentimientos patrióticos, tenemos la seguridad de que no pasará mucho tiempo sin que su nombre, que se ha ilustrado en Cuba, se ilustre también en la metrópoli. El doctor Cueto se distinguirá en los anales parlamentarios como se ha distinguido en los anales académicos y forenses, de esta gran colonia española. Bien merecen el sabio profesor y sus dignísimos colegas, los representantes del partido autonomista, el afecto sincero y las consideraciones profundas del pueblo que los ha investido con su honrosa representación. Ellos abandonan los goces del hogar, las expansiones de la amistad, las tareas á que deben su subsistencia y la de sus familias, para ir, en la mala estación, en ese invierno tan insoportable para los hijos de los trópicos, lejos, muy lejos del suelo nativo, á defender, ante un auditorio receloso y prevenido, cuando no hostil, el pleito, ya secular, que existe pendiente entre Cuba y la nación descubridora. Ellos, los eternos sospechosos, van á dirigirse á los que son jueces y partes en el tremendo litigio. La fuerza abrumadora é incontrastable podrá repeler la justa demanda, podrá imponer á este pueblo una constitución inadecuada, desastrosa y repulsiva. Pero esto no será sin la protesta del ilustre profesor y sus colegas, protesta eficaz y trascendental, como lo han sido siempre las que se han formulado en nombre del derecho. En el gran combate parlamentario que se anuncia, podrán ser derrotados por el número disciplinado, esos compatriotas nuestros, enaltecidos por la ciencia, el patriotismo y la elocuencia; pero les quedará el consuelo de saber que la victoria definitiva es siempre para los pueblos agraviados, y cuando retornen á la tierra en que nacieron, podrán repetir la histórica frase: "Hemos cumplido con nuestro deber."—Esto es lo único á que están obligados.

GASTON MORA.

El domingo último llegó de los Estados Unidos, acompañado de su joven y elegante esposa y de dos de sus niños, nuestro particular y querido amigo el notable letrado y pundoncroso caballero don Antonio Martín Rivero.

Felicitemos á su respetable padre por la feliz llegada de sus hijos y deseamos el rápido restablecimiento de uno de los niños de nuestro amigo que venía enfermo.

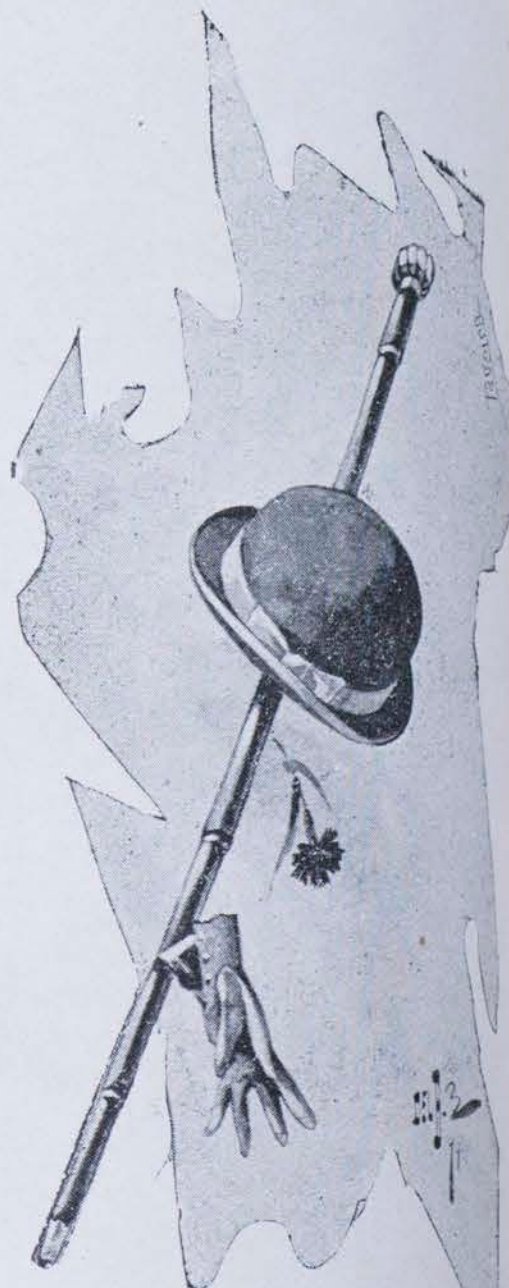
Quisicosas

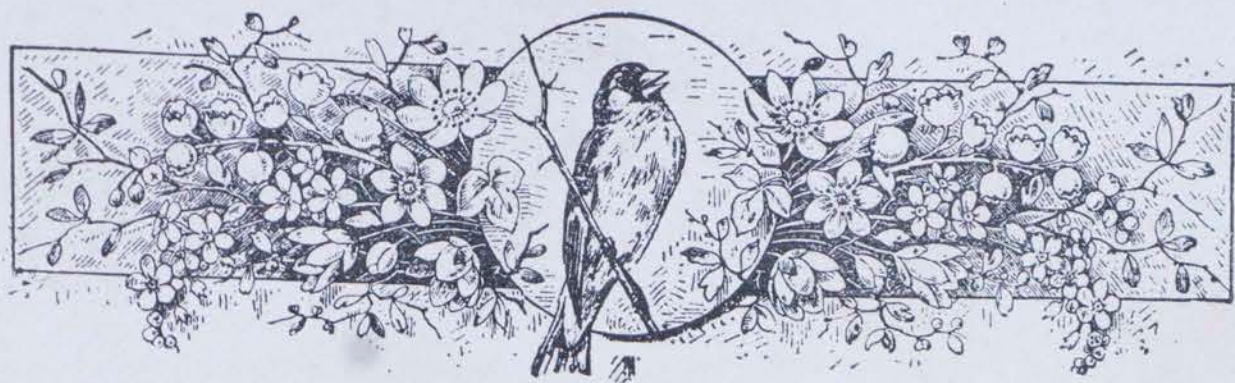
La ocasión la pintan calva,
Pero tiene un pelo cano,
Que el que puede echarle mano
Es seguro que se salva.
Y el cesante Juan Ciruelos,
Que este *detalle* no ignora,
Está esperando la hora
De poder tomarle el pelo.

**

Casó Enrique Trabilla
Y le salió un demonio la *costilla*;
Y en cambio, Juan Zamora
Casi casi es feliz con su señora
Y después de profundas reflexiones,
Afirma Celedonio,
Que existen infinitas opiniones
Sobre si es bueno ó malo el matrimonio.
Lector, si te fascina su belleza
Y eres aficionado á las mujeres,
Consulta tu cabeza...
Y cástate si quieres.

JORGE A. VILLAYERDE





La Razón Social en la Historia

NADIE pondrá en tela de juicio que Simón Bolívar fué un grande hombre.

El marqués de Rojas, en su biografía del infortunado general Miranda, borró, con pruebas incontrovertibles, el estigma que graves historiadores echaron sobre la honra del Libertador, acusándolo del crimen de felonía con el soldado glorioso de la Convención Francesa. Limpia su fama de aquella mancha, los defectos y los errores políticos de Bolívar no disminuyen la excelencia de sus cualidades, el prestigio legítimo de su inmarcesible gloria. Apenas si hay tela para un paralelo entre Bolívar y San Martín, y el que intentó el ingenio y cultivada imaginación del ilustre Vicuña Mackenna es una prueba concluyente de la profunda semejanza de aquellos dos excelsos caracteres. San Martín era, en lo moral, de más simple y homogénea estructura: la historia del vencedor de Chacabuco y Maipo, que redactó la pluma del ilustre general Mitre, puede considerarse como estudio acabado, completo y definitivo. Bolívar, más complicado, más brillante, actor de más alta inspiración y en teatro más vasto, no ha sido apisionado en el marco de una biografía, y acaso no lo sea nunca, apesar de las historias de Baralt, Montenegro, Restrepo, O'Leary, Larrazabal, el ya citado marqués de Rojas, y de autores de estudio de menos vuelo y más modestas miras. Sin que osemos arrancar una sola hoja á los laureles que el juicio imparcial de la historia ha ceñido á la frente del insigne venezolano, hemos de recordar que sus empeños todos hubieran sido infructuosos sino hubiera tenido, en todas las esferas, numerosos precusores, que prepararon las inteligencias y los corazones

para recibir y secundar su iniciativa. Para no remontarnos á los orígenes, para que resalte bien la colaboración, la acción colectiva en todos los empeños que luego el fervor achaca á la iluminación maravillosa y excepcional de uno solo, causa primera, siempre el más grande, bastará que recordemos los nombres de los que coadyuvaron á la obra en que Bolívar era un guía y un maestro, y como éste, sin el concurso de aquellos, acaso hubiera sido el mártir obscuro de una intentona malograda. Peligroso sistema de crítica histórica es el inquirir lo que pudo ser y no fué, conjeturar lo que hubiera sido tal drama con otros actores diversos de los que le dieron glorioso y fecundo desenlace; de él nos apartamos por estéril y vano, sirviéndonos únicamente de los hechos consumados, que dan materia sólida para fundar juicios precisos. La batalla de Carabobo, que decidió la independencia de Venezuela, fué dirigida por Bolívar, pero en ella puso Páez tanta diligencia espontánea, puso la Legión Británica tanto denuedo y tanto heroísmo, denuedo y heroísmo que influyeron decisivamente en el desenlace, que sería grave injusticia negar á estos colaboradores el mismo homenaje que á Plaza y á Cedeño, cuyo sacrificio, por emulación y alarde de valor, puede considerarse innecesario. Páez mismo, que era un cacique de los llanos, un ídolo para aquella gente fosca y bravía, ¿no tiene en aquellos sucesos una significación peculiar, la de haber llevado á las banderas de Bolívar un núcleo de ginetes esforzados, un ejército de llaneros que contrarrestase la fuerza y el prestigio moral que daba á las armas españolas aquel otro núcleo de llaneros que derramaban la sangre venezolana bajo la bandera española, movidos por el valor del tenaz y temido Boves? Y todo eso, el amor á su patria, el culto á la independencia, la popularidad en las llanuras, ¿no era obra personalísima de Páez, independiente de toda acción ó influencia inmediata del Libertador? ¿Para qué intervino Bolívar en la hazaña casi fabulosa de las Queseras del Medio, que fué el primero en mirar con ojos temerosos y en admirar después con todo el fuego de su alma? ¿Quién duda que allí, cada ginete que enristró la lanza, y todos la enristraron por que todos tenían que combatir en la proporción de uno contra ciento, rayó á igual altura que el mismo atrevido caudillo que concibiera aquel prodigio de temeraria audacia? Nunca pensó Bolívar que Ricaurte llevara el pundonor militar hasta realizar el estupendo heroísmo de San Mateo; el héroe no estaba obligado á tanto: aquel sacrificio fué obra de su exaltado patriotismo, y todos los historiadores reconocen unánimemente las trascendentales ventajas que la resolución del joven proporcionó á las posteriores empresas que emprendió Bolívar, dando por irreparable la pérdida de la campaña si el enemigo hubiera llegado á apoderarse del parque. ¿Y qué no decir de aquellos lugartenientes como Mariño, Piar, Girardot, Loublette, Arismendi, Padilla, Santander y tantos otros como coadyuvaron á la obra que regía el hombre ilustre? Prescindamos de los que hemos enumerado y parémonos á pensar en los bienes que en la lucha y en el gobierno, en el consejo y en el choque de las pasiones, proporcionó á Bolívar y á la causa americana la modestia, la tolerancia, la rectitud, la pureza, el ánimo esforzado y los talentos

militares del general Antonio José de Sucre. Y este héroe, cuya inícuca inmolación pone los atributos del martirio como corona de una vida que más parece apostolado que tragedia, que tanto contribuyó con sus personales energías á la exaltación histórica de Bolívar, tiene que compartir los laureles que cosechaba en Ayacucho con Córdova, con Necochea, con Lamar, con Lara, con los que, con sus bríos y con su denodado ejemplo, consumaron la postrer victoria de la guerra de emancipación. Esta concepción no quita talla ni borra esplendores á la aureola del hombre que se sentía, en las amarguras de sus últimos días, un *majadero* de la estirpe de Jesucristo y Don Quijote; pero reparte la gloria y el mérito con equidad, respetando, dentro de un sentido naturalista é histórico, los fueros de la ley de la división del trabajo. Lo que no debe comprenderse, por que fácilmente puede originar errores de juicio que determinan sentimientos análogos, es el culto á los símbolos, en su carácter exclusivo de representaciones morales de las cualidades colectivas, y que se aíslan de sus influencias naturales por tradición ó por necesidad, lo que no tiene más fin que mantener vivo en la conciencia un ideal de conducta en consonancia con los intereses sociales; con el estudio crítico de esos mismos representantes, para lo cual hay que prescindir de todo propósito moralizador y utilitario, relacionándolos, como lo están en la realidad de la vida y de la historia con sus antecesores y sus contemporáneos, con su momento, con su medio, con todo lo que ha venido á constituir su personalidad.

MANUEL DE LA CRUZ.

Nov., 94.



SRTA. HERMINIA GONSE

SI *Herminia* significa *Armiño*, nunca nombre fué mejor apropiado que este de Herminia á Herminia. Ideal como la castidad misma; bella como la Belleza, su nombre y ella son la suma de las perfecciones.

La infancia frágil del ensueño parece envolverla en sus alas que á veces se abren hácia algo dulcemente invisible.

Qué poema su alma, donde la blanca paloma del afecto arrulla la sagrada endecha enseñada por Dios mismo! Qué adoración en sus movimientos, los de un ángel siempre echando de menos su patria nativa: el cielo! Qué encanto en sus miradas! Qué gracia en sus sonrisas!

Los soñadores, los poetas, los reyes jóvenes suspiran por hallar en la selva de las Ardenes: que se llama la vida, Rosalindas como esta, superior á la de Shakespeare, pues tiene el mérito sobre la Rosalinda del poeta, de existir en la belleza triunfal de sus pocos años!

Que todos los dones del Shakespeare del cielo lluevan sobre tu frente ¡oh maga incomparable en la mágica comedia de la vida!...

CONDE KOSTIA.





HOMENAGE LOPEZ de AYALA

POESIAS LEIDAS EN EL GRAN TEATRO DE TACON
la noche del lunes 12 del actual en honor del insigne autor de *Consuelo*.

A la memoria de los que han pasado
Conquistando laureles de victoria.
El mundo debe tributar honrado
Culto de amor en páginas de gloria.
Ayala fué de la española escena
Gala y esmalte: de su númen terso
Brotó el alivio de la amarga pena
En las dulzuras del galano verso.
Cruzó sobre la arena del combate
Con firme planta y con seguro paso:
Mas como el tiempo, al fin, todo lo abate
El astro de oro descendió á su ocaso.
Hoy, otra musa que arrancó á la fama
Láuros también, sus obras interpreta,
Y se confunden en el mismo órama
Las glorias del artista y del poeta.
Y así la ley se cumple del destino,
Póstumo culto tributando al génio
Que fué esmaltando, en su vital camino,
Con inmortales joyas el proscenio.
Y así también la patria que al fecundo
Cultivador del arte, macilenta,
Vió sobre el polvo descender, al mundo
Los resplandores de su nombre ostenta.

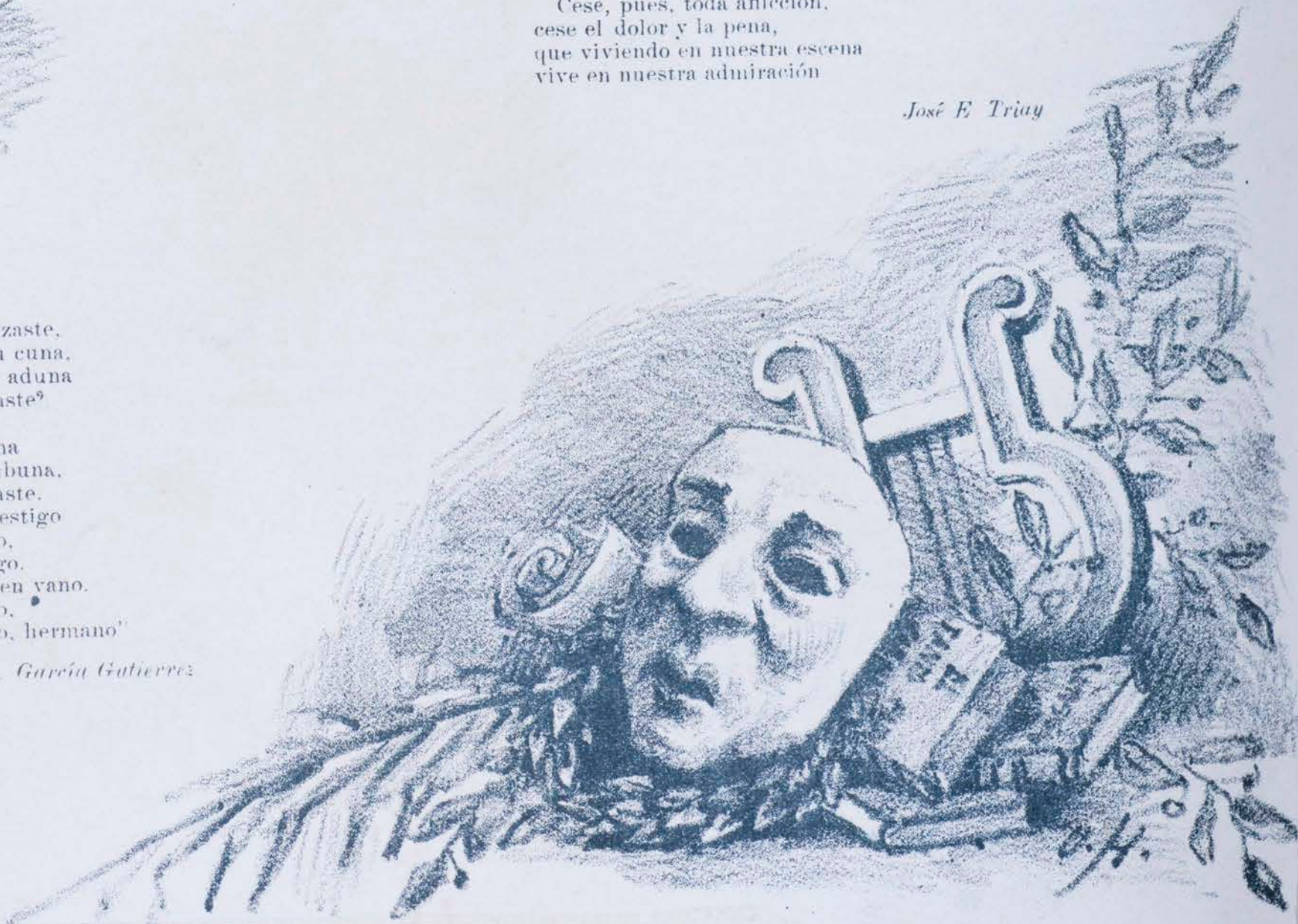
Saturnino Martínez.

No con crespones de duelo
traigo enlutada la lira.
No ha muerto Ayala. ¡Mentira!
¿En dónde vive? En "Consuelo."
Vive en la ardorosa llama
que iluminaba su mente:
vive en la gloria esplendente,
vivirá como su fama.
Vive en la luz de su génio,
y vive para la Historia
más que en la frágil memoria,
en el español proscenio.
Cese, pues, toda aflicción,
cese el dolor y la pena,
que viviendo en nuestra escena
vive en nuestra admiración

José E. Triay

¿De qué celeste numen alcanzaste,
Gloria del suelo en que rodó tu cuna,
El alto ingenio que al saber se aduna
Como la perla al generoso engaste?
Poeta y orador, raro contraste,
De varias dotes en igual fortuna
En el templo del arte, en la tribuna,
Espléndidos laureles conquistaste.
Pero no dejes yá! Dios me es testigo
De que aceptará, inútil anciano,
Partir yo solo ó caminar contigo.
Pero ya que mi ruego ha sido en vano.
Te despiden el vate y el amigo,
Y antes te dicen: "Hasta luego, hermano!"

A. García Gálvez



Notas teatrales

Como si por voluntaria intención se hubiera querido presentar ante nuestro público la muestra enfermiza, dislocada y estéril de esa perturbadora esmaltada frente al fruto robusto, sazonado y sustancioso que en estos modernos tiempos ha ofrecido la secular encina de nuestra genuina dramática, nada mejor se hubiera inventado que ofrecer nos la obra de los señores Velilla y Escudero y, después, esas joyas en que han engarzado sus nombres el grande entre los grandes, aquel que por vez primera sonó hace dos siglos para no extinguirse jamás en la voz inmortal del arte, Shakespeare; y aquellos otros que son, uno el sostenedor de la moderna comedia española, fundada por Moratín: Bretón de los Herreros, y los otros dos, Ayala y Tamayo, los titanes de la escena actual que han sabido sostener sobre sus hombros el peso abrumador de un pasado en que habían sido inscritos—inscripciones más pesadas que montañas de plomo—el divino Calderón, el ingenioso Lope, el filosófico Alarcón, el discretísimo Rojas y el delicioso Moreto.

Y la consecuencia de ese parangón, por fortuna, no hay ni que comentarla. Refiriéndonos, pues, solamente a la ejecución, diremos que el Sr. Vico tuvo momentos admirables, como la entrada, al final del primer acto; su sospecha de Justo al advertir que está herido, y la escena en que tratan de hacerle comprender la necesidad de la fuga. Si el fondo de esta obra carece de bellezas, en cambio, su versificación es espontánea, briosa y conmovedora.

Cuando se llega a personificar un sentimiento; cuando se llega a conseguir que para hablar de la duda se diga *Hamlet*, ó de la vida y sus glorias Segismundo ó *Tartuffe* de la avaricia ó Beatriz del amor, entonces se ha logrado la creación de un personaje universal: de todas las épocas y de todas las literaturas; y cuando quien lo interpreta llega a poseerse de esa idea—tipo es porque ha comprendido al creador y ha conversado con él en el misterioso lenguaje de la comunicación espiritual. Y nosotros, sin dudar que el eminente actor español se encuentra, en general, en ese caso, no podemos menos de repetir aquí lo que llevamos dicho: no es bastante que el intérprete tenga el talento suficiente para comprender su papel; no sólo es necesario que vista con propiedad y se conduzca con discreción, nó; cuando nos encontramos frente a una eminencia y cuando se juzga con el claro y exigente sentido de la crítica moderna, entonces, tenemos el derecho de pedir que aquel personaje sea la completa reproducción del ideal que forjara el autor dramático; podemos esperar que no haya un rasgo que desdiga de la situación en que está colocado; que, si ha de amar, ame con toda la fuerza de su alma; si ha de tener odios que hasta en sus ojos brillen; si hubiera de dudar que transparente la horrible indiferencia de su corazón en su rostro; que si hubiese de sentir celos llegasen hasta nosotros las entrecortadas palpitaciones de ese corazón al que está enroscada la serpiente negra que armó el brazo del estradiota *Olelo*, sin razón, y que puso la espada vengadora en manos del desventurado *Yorik*! Y eso se consigue armonizando las facultades personales, las aptitudes propias con la índole de las obras que se representen, porque claro es que aun aquellas que estén fuera de esa relación pueden ser interpretadas a fuerza de talento, pero la fuerza es un elemento tan precioso y tan necesario en su aplicación al mundo físico como impropio y poco eficaz en la esfera de las ideas artísticas.

Consuelo, esa admirable creación de Ayala, fué representada el lunes. Y qué afortunadamente desempeñada. El Sr. Vico hizo un Fernando inimitable; él que es un artista de rasgos, los tuvo admirables. El momento en que, lleno de dignidad y honradez, rechaza un amor que se le viene a ofrecer después que buscado con tanto ardor, sólo ha servido para desgarrarle el corazón a fuerza de engaños y de falsías, fué feliz por el eminente actor.

Puede decirse que ha sido ésta una de las obras que mejor desempeñadas han sido en esta temporada. La señora Contreras, la señora Ríos y el señor Altarriba muy acertados.

Pensó el señor Vico para ese día, y como en memoria del gran dramático español, que terminada la representación se leyeran composiciones de poetas de aquí en loor del insigne Ayala, pero esa idea a la que pudo sacarse mucho partido fué sólo acogida por los escritores cuyas composiciones engalanaban hoy las páginas de EL FIGARO.

La *Consuelo* del lunes vivirá en nuestra memoria con el recuerdo de una de las noches en que más admirable nos ha parecido el Sr. Vico.

La semana ha sido pródiga en goces literarios. *Un tercero en discordia*, la conocida comedia del autor de *Muñeca*, y *ve-rás!* y tanta obra de gracia, fué representada el martes.

¿Quién no conoce alguna de las producciones de Bretón de los Herreros, que llegan a cien sin contar las traucciones y los arreglos, algunos de ellos admirables? Porque al gran autor cómico contemporáneo le fué dado asistir a la escena en que reinaba Moratín y aún ver los triunfos en ella de Narciso Serra y hasta de Ricardo de la Vega. El padre de este último y Bretón puede decirse que fijaron el carácter de la comedia contemporánea, sobre todo refiriéndonos al último, desde su segunda época que inició encerrando en su *Marcela* la fórmula dramática de su nueva manera.

Pero desde *A la vejez viruelas*, estrenada en octubre del año 24 en el teatro del Príncipe y, casualmente, la misma noche en que se representaba una obra traducida por Ventura de la Vega, hasta *Los sentidos corporales* escrita el 67, el donoso e inimitable poeta cuya fecundidad al decir de el marqués de Molins es sólo comparable con la de Lope de Vega, derrochó en sus obras esos caudales de sal, y de facilidad en la versificación que con aquella intuición del chiste que le fué propia hacen de él el primero de nuestros autores cómicos modernos.

El Sr. Vico caracterizó con propiedad su papel y estuvo magnífico en la escena con el futuro marido de su hija y en todo el tercer acto.

Las Sras. Contreras y Moral desempeñaron con discreción sus papeles. Igualmente los Sres. Altarriba y Perrin. Este encarnó bien el papel de pedante.

Para beneficio de la primera actriz doña Antonia Contreras, púsose en escena la obra de don Joaquín Estévez, que todo el mundo atribuye al actual Secretario de la Academia Española. Y, en verdad, que se necesita modestia para resistir al halago de llamarse autor de una obra que, como *Un drama nuevo*, es uno de los timbres de honor que en la historia de la escena podrá presentar mañana este decaído teatro.

Ayala, en la manera de *construir*, es el único que le iguala; y aunque no creemos deban parangonearse ambos ingenios porque los dos son superiores a toda ponderación, sin embargo, parecemos que hay más vuelo en *Un drama nuevo* que en las piezas de aquél; que algún otro espíritu de universalismo y de amplitud dictara aquella originalísima trazazón en cuyo título, por rara coincidencia, va escrito el destino de la obra que, viva siempre en nuestra escena, cada vez será más nueva, y es lo más nuevo que la inspiración dramática puede forjar. "Hablar de Tamayo es hablar de un muerto," escribió Revilla; es hablar de un inmortal, pudiera decirse.

La ejecución, bien; satisfechos quedamos porque el señor Vico logró lo que raras veces con su cuadro dramático: igualdad, conjunto armónico. Por eso esta representación ha sido notable.

Fuera de alguna situación en que la señora Contreras, quizá por entender así a Alicia, estuvo algo fría, difícil es elogiar particularmente; sin embargo, la frase del pobre *Yorick*.

¡Ay, que el cielo me debía

Tras de tanto dolor tanta alegría!

fvé dicha con tal expresión. qu'un bravo y un aplauso unánimes estallaron a su conclusión.

¡Bien, señor Vico, bien! ¿Veremos otra vez ese *Yorick*?

Aunque hemos dado la preferencia a las tres magníficas obras que han sido representadas en esta semana por la compañía de Tacón y en gracia a su autor y al drama no podemos menos de decir algo sobre *La Ley suprema*. La creación del señor Valdivia de este título fué representada el jueves. Aparte de los minuciosos análisis que sobre la producción artística pudieran hacerse, lo sustancial para el caso es que la obra es un drama; que corre en toda ella desenvolviéndose ante los ojos del espectador una acción que mueve como la que más a interés; que hay situaciones verdaderamente dramáticas; que la versificación tiene rasgos de indisputable mérito y que, en suma, se ve que el que ha forjado aquello tiene un temperamento de autor dramático digno de toda estimación y de cuidadoso estudio.

De la obra, que está juzgada por los que en Madrid y aquí tienen para ello sobrados títulos, nada hemos de decir; lo que si expresaremos es que por su representación le estamos muy agradecidos al Sr. Vico, así como no podemos estárselo al público que no asistió. En efecto, ha sido un precedente interesante el que ha sentado el gran actor representando una obra de un escritor habanero, porque eso puede servir de estímulo a los que se sientan capaces de llegar hasta ahí para que emprendan la tarea con la esperanza de que no se quedarán olvidados sus manuscritos, y, si no por esta compañía, por otra que nos visite serán dados a luz. En cuanto al público parecemos que más protección debía haberle merecido la obra de un escritor cubano que, estrenada en Madrid, fué sancionada por tan inteligente auditorio.

Ya que el señor Valdivia no asistió a recibir los aplausos con que quería premiarle el público que llamaba al autor, reciba nuestra norabuena, que el sólo hecho de haber sido puesta su obra por Vico en escena, es un triunfo.

Colosal el gran actor en el segundo acto y en todo el tercero. El monólogo del puñal; la frase

me encontraba sin pecado

y eché la primera piedra;

y la entrada, después de haber consumado el delito:

¡Qué fácil es el matar!

de primer orden.

Nov. del 94.

GARCÍA DEL CASTAÑAR.

D. José Elías Jiménez

Matanzas está de duelo: al amanecer del martes 13, feneció el prestigioso Dr. Jiménez. Hombre franco, leal é integérrimo, de todos era querido; político sano, abrazó el credo autonomista, y sus correligionarios lo llevaron a la vice-presidencia del comité provincial y a la permanente de la diputación; médico notable, por su larga práctica y preclaro saber, sus profesores lo eligieron presidente del Centro Médico-Farmacéutico, de igual manera que el Liceo de Matanzas, la sociedad criolla, atraída por las simpatías y virtudes del ilustre doctor, entregó incondicional su presidencia también, reeligiéndole desde hace varios años.

Pasa el tiempo, y nosotros con él, dijo Kempis; al doctor Jiménez le tocó su turno, y del que tanto fué en vida, hoy sólo quedan un cadáver bajo una lápida, en un cementerio; el recuerdo en un pueblo que no olvida, y la desesperación en un hogar entristecido. Al morir, ni siquiera le fué dado besar a todos sus hijos, que el último abría los ojos a la vida, mientras el padre los cerraba.





Crónica

diplomático, desde allá nos escribe, dando pruebas de que recuerda á su FIGARO predilecto, y los lectores habrán saboreado ya el delicioso artículo que en otra parte aparece firmado por él.

Acy la Rou, que es su pseudónimo-anagrama, nos promete su colaboración asidua, y muchos de sus trabajos venideros irán acompañados de fotografías de personas, vistas y monumentos notables de México. Nuestros subscriptores están de enhorabuena, y nosotros también.

Al través del golfo mexicano, vaya nuestro abrazo fraternal á estrechar al amigo cariñoso é inolvidable.

Al día siguiente de haberse representado *Consuelo*, llegaba á mis manos un billete. Lo desdoblé y encontré esta anónima pregunta, sobre la blanca y perfumada cara del papel:

—“¿Cree usted que entre la heroína de la creación de Ayala y la mujer de que hablaba usted en su última crónica de EL FIGARO, existen puntos de analogía?”

Como tantos otros, el anónimo en cuestión hubiera muerto en el fondo de una gabela, silenciosamente confundido entre el farrago de recortes y cuartillas, á no haberme producido aquella pregunta, tan misteriosamente dirigida, el interés que despierta todo lo ignorado que no queremos seguir dejando en la ignorancia.

Hay relación, en efecto, entre los dos seres señalados. Y es sencillamente la relación que se establece entre dos personas que creen igualmente en tener corazón, porque hay un órgano bajo el pecho, que funciona con regularidad perfecta.

Viven en ese error, y pobre del que llegue hacia ellas con la ternura y la delicadeza, porque equivaldría á sembrar rosales en lo más estéril de un campo esquilado.

Difuntas las ilusiones y habiendo llegado el caso de las esperanzas, el amor no es más que un viajero que ha hecho la peregrinación del alma al cerebro, para servir de goce á los sentidos.

Consuelo es el eterno ejemplo de una mujer abandonada á las sollicitaciones de su capricho que ha desoído los consejos de su corazón. Hacer que un hombre crea que es amado por ella, cuando en las intimidades de su alma no han perdido aún su lozanía las flores de las ilusiones primeras, es firmar un pacto con el dolor que lleva, como segura consecuencia, al agotamiento de todos los encantos y á desfallecer algún día, con esta frase por todo epílogo:

—¿Qué espantosa soledad!

En vano entonces las súplicas al que se dice amar y al que se ha amado en otros tiempos. El primero volverá las espaldas y el último proseguirá indiferente su camino, después de clavar sobre la historia de la mujer frívola y desleal los agudos dardos de estos versos con que *Fernando* se despidió de *Consuelo*:

¿De qué lloras y te espantas?
¿Qué te importa que jamás
logres amor?—Vivirás
como tantas, como tantas:
cercada de ostentación,
alma muerta, vida loca,
con la sonrisa en la boca
y el hielo en el corazón.

Deliciosa la *matinée* del domingo en la morada del Sr. Juan José Ariosa.

Tuve el honor de contarme entre el corto número de invitados á esta fiesta realizada por los esplendores del arte y por la distinción de las personas allí reunidas.

La nueva casa de la familia Ariosa es una mansión donde todo está regíamente dispuesto y bellamente decorado. Para describirla, siquiera fue-

se en sus rasgos más esenciales, atendiendo al estilo de su construcción, al *confort* de sus posesiones y al lujo que se manifiesta en mobiliarios, cuadros, bronce y espejos, necesitaría disponer de doble espacio del que ocupa esta crónica.

Se formarán una idea de las bellezas de su ornamentación todos los que hayan visitado, en épocas anteriores, los salones de la calle de Oficios, abiertos para nuestra sociedad distinguida, con motivo de periódicas recepciones que tenían siempre el sello de ser las fiestas artísticas más brillantes que en aquel entonces se ofrecían en nuestro gran mundo.

Si con la *matinée* del domingo se reanuda aquella serie de elegantes conciertos, está de plácemes la crónica, ya que también estará de plácemes la sociedad de la Habana.

En el concierto del domingo deleitaron á la selecta concurrencia, cantando con verdadero gusto varias piezas de su repertorio, los conocidos jóvenes Alberto Soler y Ramiro Mazorra, así como el Sr. Enrique Jordá, que cantó con Soler el prólogo de *Fausto*.

Ignacio Cervantes—el laureado pianista cuyo concurso es siempre señal de éxito en toda fiesta musical—prestó valioso aliciente á la *matinée*, ya acompañando á los cantantes citados, ya admirando á todos con la ejecución de hermosas piezas.

Las esposas Ariosa y su graciosa hija *Nena* coronaron, con sus amabilidades y finezas, los encantos de aquellas horas tan agradablemente transcurridas.

La relación de una simpática boda ha desfilado durante esta semana por las columnas de la crónica.

No hay noticia vieja, cuando se refiere á un suceso agradable, y á pesar de los días que han pasado desde la celebración de la nupcial ceremonia, siempre viene á mi crónica el eco de esa boda, como el fresco perfume de una flor destinada á vivir más tiempo que el espacio de una mañana, que le señalara el poeta.

Los novios son dos jóvenes para quien tengo todas mis simpatías: la señorita María Machado y Muñoz—expresión cabal de las bellezas de nuestro trópico, con sus ojos negros y su tez morena—y el correcto caballero, al par que estudioso y aventajado doctor en medicina, don Juan Fernández Jaren.

Esta solemnidad—hermosa porque era obra del amor, y brillante por la concurrencia que en ella se reunía—tuvo lugar el sábado último en la iglesia parroquial de la Salud.

Un estimadísimo compañero, mi amigo el señor Del Monte, lo ha dicho en *El País*:

“Elegantemente vestida con un traje riquísimo salpicado de azahares, cubierta su faz morena por el velo de las desposadas y en sus manos un artístico bouquet de blancas flores, llegó emocionada al pie del ara la sin par María, y allí con voz trémula dijo que sí lo amaba—á las preguntas del ministro de Dios—y recibió el anillo y las arras de sus manos y le entregó para siempre su alma de paloma. Él también juró hacerla feliz. ¿Y có-

mo no? ¡Si es tan buena María! El amor entrañable de los suyos y la alegría de sus amigos en este acto solemne, indican lo que es María para todos: preferida y amada.”

Fueron padrinos de la dichosa pareja, la señora Carolina Pérez García de Machado y el señor Juan Fernández.

Testigos: Sr. Antonio Del Monte y Sr. Enrique Fuentes.

Arroyo Naranjo es el poético recinto escogido por los jóvenes desposados para gozar, en aras de su amor, de las inefables dulzuras de la luna de miel.

Ha llegado á esta ciudad, procedente de París, Londres y Nueva York, nuestro querido é ilustrado amigo el joven Sr. D. Agustín Mascort y Zaldo, quien acaba de realizar una verdadera excursión científica, relacionada con asuntos de su carrera.

En París, donde se estableció durante estos últimos años, es ventajosamente conocido en el seno de la colonia hispano-americana y del elemento científico de aquella importante capital.

No dudáramos de que al fijar su residencia entre nosotros, proseguiría alcanzando nuevos éxitos, para añadirlos á los que últimamente ha logrado en su útil profesión.

Enviamos el más sentido pésame á nuestro distinguido amigo y corresponsal en Puerto Príncipe, D. Francisco Cabrera Porro, por la muerte de su respetable señora madre, acaecida en aquella ciudad, recientemente.

Han retornado de los Estados Unidos, donde han pasado el verano, los estimables esposos señora Serafina Montalvo y señor Manuel Antón Morales, hijos de los señores marqueses de la Real Proclamación.

MEFISTÓFELES.

El regalo de “El Figaro”

La empresa de este periódico tiene la satisfacción de anunciar á sus favorecedores que ha adquirido en la gran casa de Borbolla, Compostela 52, el magnífico juego de sala, estilo Luis XIV, que regalará por el sorteo de Navidad.

Los muebles son de alta novedad y han sido escogidos entre los mejores de la citada casa, que, como todo el mundo sabe, es una de las primeras de la Habana.

Invitamos al público y á nuestros abonados á que acudan á ver y á admirar el precioso juego de sala, expuesto en una de las ventanas de la casa de Borbolla.

SOMBREROS

surtido de bombines de gran novedad, para caballeros.—Sombreros flexibles id. id.—Sombreros de copa id. id. y de tres onzas peso.—Sombreros de castor id. para niños.—Id. id. para señoras.

GORRITAS PARA NIÑOS

Precios sumamente económicos y todo de la mejor calidad que se fabrica.

UNA VISITA A “EL TRIANON”

de alta novedad y de los afamados fabricantes **Lincoln, Bennet y Compañía, de Londres.**

Gabriel Ramentol, que acaba de llegar de su viaje por los centros fabriles de Londres, París, Viena y New-York, trae para su sombrerería **EL TRIANON**, un inmenso y valioso

EL TRIANON

Obispo 30½. Habana